

Y cuentan los piadosos naturales,
Que cuando un mar de fuego era el convento,
En que los chapiteles colosales
Se desplomaban con fragor violento;

Vieron á las mansiones celestiales,
Volar, atravesando el firmamento,
De resplandor cercada y luz hermosa,
Triunfante LA AZUCENA MILAGROSA.

Nápoles, diciembre 1847.

NOTA DE LOS EDITORES

El duque de Rivas inventó, compuso y escribió esta leyenda en Nápoles á fines del año 1847, y la conservó manuscrita hasta el año 1851, que la publicó en Madrid don Angel Fernandez de los Rios en su *Biblioteca universal* con otras poesías del autor, tituladas: *El Crepúsculo de la tarde*. A pocos meses se apoderaron de *La Azucena milagrosa* los copleros de los ciegos, y apareció por las esquinas de Madrid, y se esparció en las provincias, un romance ramplon, muy largo y desmayado, titulado: *La Guirnalda misteriosa*, con el mismo asunto de *La Azucena*, y con los mismos lances, bien que desnudos de toda gala y de toda poesía, pero adornados, sí, con unas malas copias de las preciosas viñetas con que ilustró el señor Fernandez de los Rios su publicacion.

Aunque el plagio era despreciable, lo denunció el editor de la *Biblioteca universal* al Juez de primera instancia del distrito de Lavapiés, señor Sanchez Ocaña; y despues de las actuaciones convenientes por la escribanía de Mendoza, se reconoció la originalidad de *La Azucena*, y fueron condenados los autores de *La Guirnalda*.

Como andando el tiempo puede aparecer algun ejemplar de esta, y creerse anterior á la otra, y sospechase que de ella tomó el Duque su argumento, consignamos aquí esta noticia, para que jamás se dude de la originalidad de esta leyenda, creacion completa de nuestro autor, y no tomada de crónica, novela ni tradicion alguna española ó extranjera.



LEYENDA SEGUNDA

MALDONADO ⁽¹⁾

A la Excmo. Sra. Marquesa de Molins

I

LA BORRASCA Y EL VOTO

Prestat componere flectus.
VIRGILIO.

Al puerto de la insigne Barcelona
Dirígense triunfantes las galeras,
Que de Aragon la gloria y poderío
De asegurar acaban en Becerta.

Donde tornando el mar lago de sangre,
Y las líbicas playas en hogueras
En las playas y el mar desbarataron
Del Sarraceno aterrador las fuerzas.

Libre á Sicilia, á Nápoles, á Malta
Del yugo y de las bárbaras cadenas,
Y seguros el Púnico y Tirreno
Con la victoria de sus armas dejan.

Y tornan á la patria. Ya descubren
Del altivo Monjuich la frente excelsa,
Y lo saludan con fervientes gritos
De flámulos ornando las entenas.

Cuando de pronto el favorable viento,
Que empujaba benéfico las velas,
Dejando en ocio las cautivas chusmas,
Y en reposo las rojas palamentas,
Su favor les retira. Desmayando
Ni el ancho seno de las lonas llena,
Ni silba entre los mástiles robustos,
Ni aun con el fácil gallardete ondea.

El mar dormido en repentina calma
Laguna ó claro espejo se dijera,
Y como en la llanura están los pinos
Inmóviles en él las naves quedan.

Lento el sol á Occidente descendia,
Su faz velando en vaporosas nieblas,
Que el remoto horizonte confundiendo,
Borró á la vista las cercanas tierras.

Despues entre enlutados nubarrones,
Que desde el sur á sepultarlo vuelan,
Como cadáver que húndese en la tumba,
Se hundió, dejando claridad siniestra.

(1) El asunto de esta leyenda lo debió el autor á su íntimo amigo el señor don Juan José Bueno, abogado sevillano, erudito bibliógrafo, quien lo encontró en un antiguo y raro nobiliario de Aragon.

Y al trasmontar las cumbres del ocase
En una faja lívida y sangrienta
Un instante mostróse enrojecido,
Lanzando al orbe una mirada horrenda.

Los pilotos y prácticos temiendo
Que aquella calma repentina fuera
Presagio de durísima borrasca,
Nuncio fatal de horrisona tormenta,

Las jarcias y los mástiles requieren,
El velámen solícitos aferran,
Y despertando á las ociosas chusmas
Bogar, bogar, con alto grito ordenan.

Pues á fuerza de brazos y de remos
Burlar el golfo engañoso intentan,
Y conseguir tal vez á la mañana
Saludar de Barcino las almenas.

Murió en breve un crepúsculo dudoso
Sin color y sin luz, y muerto apénas,
Cielos y mares la espantable noche
Envolvió en oscurísimas tinieblas.

Nada, nada se ve. Y en el silencio,
Tan hondo y pavoroso cual si muerta
Y hundida del Criador en el olvido
Ya se encontrara la creación inmensa,
Sólo el compás de los móviles remos,
Y el silbido del cómitre resuenan,
Y el rumor sordo de la leve espuma,
Y el agrio rechinar de las maderas.

A poco nace el Abrego, y en breve
Crece, y gigante los espacios llena,
Y zumba entre las nubes, y sañudo
Se arroja al mar y por sus llanos vuela.

Y lo azota, y lo empuja, y lo entumece,
Y revuelve y confunde sus arenas,
Y en fantásticos montes lo levanta,
Que se alzan y hunden, chocan y revientan.

Roncos retumban formidables truenos,
Rasgan rayos trisulcos las esferas,
Y á la luz de relámpagos horrendos
Del espantoso caos se ve la escena.

¡Oh naves de Aragon desventuradas!...
¿Por qué los cielos su favor os niegan
En las iras del mar, si tan propicios
Os lo acordaron en las crudas guerras?...

¡Cuál las empuja el huracán violento!
Ora al profundo abismo las despeña,
Ora á las altas nubes las levanta,
Las arrastra, y empuja, y hunde, y vuelca.

Ya las envuelven las bramantes olas,
Ya en sus costados con fragor se estrellan,
De espuma levantando blanca nube,
Que luego las inunda en lluvia espesa.

Mas no desmaya el generoso aliento
De los valientes de Aragon. Pelean
Con el viento y la mar, cual pelearon
Con la indómita furia sarracena.

Firmes en el timón los capitanes,
De pericia y valor dan larga muestra,
En roncas voces á la chusma animan,
Con roncas voces lo que cumple ordenan.

Y obedecidos son, crujen los cables,
Los mástiles se encorvan, las entenas
Gimen, los remos cimbranse, y las proras
La espuma encienden y resurten sesgas.

Mas ¡ay!... Cuando el Señor Omnipotente
Rompe con brazo airado las barreras,
Cárcel de los furios elementos,
¿Qué es el valor humano, qué es la ciencia?

Cada momento furibundo crece
El temporal, el huracán arrecia,
La mar sube á las nubes rebramando,
Las sombras de la noche son más densas;

Ya resistir no pueden la constancia,
Ni el valor, ni el saber. Rotas, dispersas
Las naves, anegadas, sin gobierno,
Sólo descanso en el abismo esperan.

Cuando Perez de Aldana el Almirante,
Que mal herido en la batalla fiera
Que acaba de ganar á los infieles,
Yace en un lecho, donde vive apénas,

En brazos de abatidos marineros,
Que en él sus esperanzas tienen puestas,
Sube al alcázar de su rota nave,
Despreciando el turbión y la tormenta.

De un fúlgido relámpago á la lumbre
Ve el estado infeliz de sus galeras,
Reconoce que no hay más esperanza
Que del Omnipotente en la clemencia:

Y cayendo en la tabla de rodillas,
Los mustios brazos trémulos eleva,
Y en los golpes de mar todo empapado,
Y dando al huracán la cabellera,

Dice, en fe viva ardiendo: «Virgen santa,
Lucero de la mar, del cielo Reina,
Madre del Redentor, salva á tu pueblo,
Salva las naves de Aragon, que llevan

»Tu excelso nombre á los remotos mares,
Tu santo culto á las remotas tierras,
Y que la santa ley del Hijo tuyo
Es el principio y fin de sus empresas.

»Hago voto solemne, oh Virgen pura,
Si nos concedes tu piedad inmensa,
De ir en humilde y santa romería,
De Monserrate á la enriscada sierra.

»Y colocar ante tu altar sagrado
Y rendir á tu imagen como ofrenda,
De estas nuevas victorias los despojos,
Del infiel delgado las banderas.»

Y esforzándose más la salve entona,
Que repiten mil voces. Y resuenan
Entre el bramar del huracán sañudo,
El horrído fragor de la tormenta,

El ronco hervir de la agitada espuma,
El rugir de las olas que revientan,
De la Madre del Verbo los loores,
Que al cielo encantan y al infierno aterran.

Y perdidas no fueron las plegarias.
Jamás se pierden, porque al cielo llegan,
Las que á la santa Virgen se encaminan,
Del afligido por la fe sincera.

Pues de pronto rompiéndose las nubes,
Lucero bienhechor la faz demuestra,
Que aunque al punto se eclipsa y se confunde,
Los pechos todos de esperanza llena.

Y no fué vana. El huracán violento
Siente una mano firme, que encadena
Sus negras alas, y la mar sañuda
Un poder superior que su ira enfrena.

Y aunque soberbios braman y reluchan,
Y en su despecho con furor forcejan,
El mar humilla sus móviles montes
Y el huracán se esconde en sus cavernas.

El negro manto de la noche horrible
Rasgado y roto por la mano excelsa
Que de Aragon ampara los bajeles,
Deja á trechos brillar vagas estrellas.

Al fin marca en Oriente albor confuso
Una línea undulosa verdinegra,
Tras la que empieza la anhelada aurora
A dar de vida y paz al mundo señas.

Los negros fugitivos nubarrones,
Que aun el espacio tormentoso llenan,

A su pesar se ven engalanados
De púrpura y de gualda con cenefas.

Y aunque el sol no descubre su semblante,
Su benéfica luz los aires llena,
Y da al revuelto mar variados visos
Y las espumas férvidas blanquea.

Rota la inmensa bóveda de plomo
Ver la del cielo azul á trechos deja,
Y todo anuncia próxima bonanza,
Y que la ira de Dios se calma y templá.

Mas, ¡ay en cuál estado el nuevo día
Ve de Aragon las miserables galeras!
Dos desaparecieron. Las restantes,
Que perdidas andaban y dispersas,

Sin mástiles las unas, sin timones
Otras, y todas á la mar abiertas,
Por llegar donde ven la capitana
Con los remos trabajan y forcejan.

Al cabo lo consiguen, animosas
Siguen el rumbo á los costados de ella,
Con constancia y con arte dirigidas
Por los hombres de mar que las gobiernan.

Y despues de correr nuevos peligros
Por el mísero estado en que navegan,
Y porque el mar aun crespo y borrascoso
No ofrece á su anhelar segura senda;

Al esconderse el sol en el ocase
Al puerto ansiado de la patria llegan,
Y bendiciendo al Dios omnipotente
Con las pesadas áncoras se aferran.

II

LA ROMERÍA.—EL DESAFÍO

¡Ay de tí si al Carpio voy!

¡Ay de tí si al Carpio vas!

Antigua comedia.

Entre colosos de piedra,
Que con las nubes combaten,
Y desde léjos parecen
Los fulminados Titanes,

Está un templo de María
Con su milagrosa imagen,
En las elevadas crestas
Del fragoso Monserrate.

Conságranse fervorosos
A su culto en los altares
Cenobitas, que renuncian
Del mundo á las vanidades.

Y con duras penitencias,
Y con místicos cantares
La alta protección imploran
En favor de los mortales.

Y no en vano. En la capilla
Labrada de hermosos jaspes,
Los votos de plata y cera
Milagros afirman grandes.

Veinte lámparas de azófar
Tiene el retablo delante,
Y cien cándidos blandones,
Que siempre fúlgidos arden.

Allí humildes van los Reyes
A pedir que los ampare
En sus bélicas empresas
Del Verbo eterno la madre.
Y allí tornan victoriosos
A rendirle el homenaje
De tesoros y cautivos,
De pendones y estandartes.
De todo el orbe cristiano
Acuden á Monserrate
Los dolientes y afligidos,
Y nunca acuden en balde.
Pues parece que la Virgen
En derramar se complace
De sus gracias los tesoros
Desde aquellos peñascales.
Mas nunca la concurrencia
Es tan bulliciosa y grande
Como en el solemne dia
De su fiesta memorable.

Era, pues, llegado, y véñse
(Al esmaltar los celajes
Del Oriente hermosa Aurora,
Que del mar vecino sale)
Por los senderos del monte
Estrechos y desiguales
Subir apiñadas turbas
De los pueblos más distantes.
Y no sólo allí concurren
Los devotos catalanes
Y los fieles españoles
A venerar á la imagen;
Que vienen de todo el mundo
Peregrinos á millares,
Y hasta herejes y paganos,
Buscando alivio á sus males.
Ya suben en sus literas
Princesas de régia sangre,
Y en poderosos corceles
Príncipes de alto linaje.
Señores de grande alcurnia
Con escuderos y pajes,
Y en sus mulas los Prelados
Seguidos de Capellanes.
Y valerosos guerreros
Por los riscos y jarales
Trepan, ostentando altivos
Armaduras rutilantes.
Y en gallardas hacaneas
Doncellas de lindo talle,
Con repulgos y melindres
Haciéndose interesantes.
Y las siguen y custodian,
Escabechadas las carnes,

Sus dueñas, que medrosicas
Van temiendo despeñarse.
Y caballeros machuchos,
Y perfilados galanes,
Y un pueblo inmenso que hierve
Y rebulle en todas partes.
De condiciones distintas
Personas chicas y grandes,
De todo sexo y estado,
De todas trazas y edades,
Suben la sierra anhelosas
Juzgando que llegan tarde;
Y se empujan y atropellan
Por dar un paso adelante.
Ricos, pobres, peregrinos,
Marineros, mozas, frailes,
Niños, viejos y mujeres,
Soldados y capitanes,
Ciegos, mudos, y tullidos,
Leprosos, febricitantes,
Endemoniados, convulsos,
Paralíticos y orates;
Gentes de todas naciones
Con diferencia de trajes,
Con diversidad de idiomas,
Con distintos ademanes.
Y la confusion de lenguas,
Que se difunde en los aires,
Otra Babel la montaña
Con extraño rumor hace.
Como en jardín la convierten
De mil colores brillantes
Los penachos, y las cintas,
Y los vistosos ropajes.
Contemplados desde léjos
Los senderos undulantes
Atestados del gentío
Que desde el profundo valle
Con movimiento conforme
Sube á las cumbres distantes,
Ser dijéranse serpientes
Bigarradas, colosales,
Que girando entre los riscos,
Se encaramaban voraces
A devorar en las nubes
A las águilas caudales.

En medio de aquellas turbas,
Entre confusion tan grande,
En una humilde camilla
Sube enfermo y anhelante,
A cumplimentar el voto
Con que libertó sus naves,
El noble PEREZ ALDANA,
Aragónés almirante.

Mal curadas sus heridas,
Escaso de vida y sangre,
Y con la horrenda borrasca
Acrecentados sus males,
Disfrazado de romero,
Y tan otro su semblante
Con la enfermedad prolija,
Que no le conoce nadie,
Va en hombros de marineros
Sin séquito y sin bagaje,
Como cumple á un penitente
Y al voto que hizo en los mares.
Llega á la puerta del templo
Donde le acogen los frailes,
Y colocan la camilla,
De la que no puede alzarse,
Tras de un pilar del crucero,
Desde do el enfermo alcance
A cubierto del bullicio
A ver las solemnidades.
Pues tan postrado y doliente
Está, que así sólo es dable
El que asista á los oficios
Y á Dios pueda encomendarse.

Ya un sol naciente de mayo
Atravesaba brillante
De las altas vidrieras
Los transparentes esmaltes.
Y en el alto campanario
Sonoras voces al aire
Daban los cóncavos bronce,
Nuncios de festividades;
Y ya el inmenso gentío
Llenaba las anchas naves
Del gran templo, do la misa
Va solemne á celebrarse;
Cuando un francés caballero,
De escuderos y de pajes
Servido, arriba, y penetra
Con desenfado notable
La apiñada muchedumbre,
Hasta lograr colocarse
Junto al pilar, do en su lecho
Está el herido Almirante.
Comiéznanse los oficios,
Con la cruz y los ciriales
Y su séquito y su mitra
Revestido el Abad sale.
Con torrentes de armonía,
Con sonoras tempestades
El órgano estrepitoso
Retumbar las cimbras hace.
Vuelan las nubes de incienso,
Embalsamando los aires,

Y escondiendo del retablo
Las molduras y follajes.
Y el tal francés caballero
Sin que respeto le ataje,
Y por ver más á su gusto,
Cansado ya de empinarse,
De pié atrevido se pone,
Insultador y arrogante,
Sobre la humilde camilla
Do Perez de Aldana yace.
Este lo sufre un momento,
Aunque le hierve la sangre;
Mas cuando el otro le pisa
Ya no tolera el ultraje.
Y entre los dos en voz baja,
Descompuestos los semblantes,
Pasó el diálogo siguiente,
Sin que lo advirtiese nadie.

ALDANA.

Cuidad vos, el caballero,
Lo que haceis por distraccion.
Guardad consideracion
A un impedido romero.

FRANCÉS.

Basta, buen hombre. Si vos
Qué pié excelso os ha pisado
Conocieseis, muy honrado
Os creyeráis, vive Dios.

ALDANA.

Pues si á vos adivinar
Os fuera dado quién es
Este en quien poneis los piés,
Por Dios que habiais de temblar.

FRANCÉS.

¿Temblar yo?... ¡temblar!... Insano,
Soy duque de Normandía,
Y á no estar aquí pondría
El pié en tu rostro villano.

ALDANA.

Yo desprecio tu blason
Y tu estirpe soberana,
Porque soy Perez de Aldana,
Almirante de Aragon.
Y porque fuera gran mengua
Profanar el templo santo,
Vive Dios, no me levanto
Para arrancaros la lengua.
Mas juro de insulto tal
Si cobro mi muerto brio
Pediros en desafio
La reparacion cabal.